

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO AYALA GARCÍA-DUARTE

EN LA ENTREGA DE LA MEDALLA DE HONOR 2002

Y

## CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. JUAN DE DIOS VIDA ARREDONDO



GRANADA

MMII







REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO AYALA GARCÍA-DUARTE

EN LA ENTREGA DE LA MEDALLA DE HONOR 2002

Y

# CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. JUAN DE DIOS VIDA ARREDONDO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO DE LA FACULTAD DE DERECHO  
DE GRANADA Y EN EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID,  
MEDIANTE VIDEO-CONFERENCIA, EL DÍA DOCE DE JUNIO



GRANADA

MMII



DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO AYALA GARCÍA-DUARTE



# EL ARTE EN MI OBRA



Señor Presidente,  
Señores Académicos,  
Señores y amigos míos:

**N**ACÍ EN GRANADA en los primeros años del siglo veinte, y allí transcurrió mi infancia y mi primera juventud, que es la edad en que se forja la personalidad dentro del ambiente familiar y de la ciudad natal. Estas circunstancias dejaron una impronta indeleble en mi ánimo para el resto de mi vida que, rebasando ese siglo veinte, se acerca ya a mi centenario.

Innecesario parece recordar que aquella Granada, junto a la memoria de sus pasadas grandezas, estaba penetrada de sentimientos artísticos, muy en particular relacionados con la plástica, en especial con la pintura, a tal punto que, según mis recuerdos, la afición por ésta era rasgo casi infalible entre los jóvenes de mi generación. Yo también intenté practicar este arte bajo la inspiración de mi propia madre, Luz García Duarte, que había consagrado con éxito a la pintura los años de su propia juventud y que tuvo que abandonarla a raíz de su prolífico matrimonio, pasándome a mí -su primogénito- los trastos del oficio al que se veía obligada a renunciar. Yo no hice honor a esa herencia, pues la paleta y los colores, compatibles en un principio con el ejercicio de las

artes poéticas, quedaron relegados definitivamente en mi caso al terminar mis cursos de bachillerato y tener que trasladarme con la familia a nuevos destinos en la capital de España.

De aquellos años son tantos mis recuerdos que apenas consienten espigar unos cuantos. En estos momentos prevalece en mi ánimo sobre todo la imagen que conservo de una triste ceremonia: el comienzo del solemne cortejo fúnebre de Don Jerónimo Vida, ilustre catedrático que habitaba una casa fronterera a la nuestra en la calle de San Miguel Baja. Este notable personaje era tío abuelo de mi actual y querido amigo Juan Vida, cuyo padre sin duda fue uno de mis compañeros de correrías infantiles por el barrio. Es una feliz coincidencia la que hace que este sobrino nieto de Don Jerónimo, al que la Biblioteca Nacional encargó hace unos años un retrato mío que hoy es ornato de sus salones, haya sido en la grata ocasión actual el promotor, junto con Don Manuel Orozco Díaz y Don Emilio de Santiago Simón, del homenaje que la Real Academia de Bellas Artes de Granada ha querido rendirme. En aquellos remotos años de mi infancia había presenciado yo desde un balcón de mi casa la salida del féretro de su tío abuelo adornado por el birrete universitario, y es ésta una de las imágenes precoces que nunca se borraría de mi memoria. Un hilo secreto, continuo, engarza todas estas imágenes en la ocasión solemne para la que me preparo con estas palabras, que son al mismo tiempo testimonio de mi agradecimiento a mi ciudad natal y a quienes, como todos ustedes, han querido recompensar la fidelidad de esa memoria mía con la concesión de la Medalla de Honor a aquel niño que es hoy un anciano en las postrimerías de su existencia.

He evocado mi abandono ciertamente penoso del arte pictórica para seguir fiel en cambio en el cultivo de las letras, tanto las que obedecen a una inspiración poética como las que responden a mi vocación universitaria. De estas últimas no voy a ocuparme aquí ahora, pero sí quiero hacer alguna referencia a mi cultivo de la poesía, que a partir de ese momento desarrollaría siempre en

prosa con la sola excepción de unos versos juveniles pertenecientes a la época vanguardista (reproducidos por cierto en una reciente edición de *Cazador en el alba*), pues todo el resto de mis esfuerzos rimados sufrió el mismo destino que mis pinturas: la destrucción impiadosa por mano de su frustrado autor. En cuanto a la prosa literaria, que constituye el núcleo y a mi juicio la parte más importante de mi obra escrita, ha sido objeto de mi actividad creadora hasta ayer mismo y figura impresa en volúmenes diversos que están al alcance del lector contemporáneo. No soy yo quien deba volver sobre la apreciación de un sector de mi actividad que ha sido estudiado y valorado por críticos competentes y autorizados, pero me gustaría precisar un aspecto que en mi ánimo tiene cierta importancia: mis escritos literarios están penetrados del espíritu de las artes plásticas, como en su día apuntó con su habitual acierto el inolvidable profesor y acendrado granadino, tan notable por su sabiduría como por su modestia, Don Emilio Orozco Díaz.

Conviene señalar en este momento que mi creación literaria está también íntimamente vinculada, sobre todo durante una cierta época, con el arte cinematográfico, que ha sido elemento fundamental en la cultura del siglo veinte. Pienso que mis invenciones de calado poético, con toda la unidad que su conjunto pueda presentar, han estado siempre ligadas a su tiempo histórico, es decir que llevan el aire de su momento vivo. La influencia del llamado séptimo arte sobre mis escritos creativos viene a sumarse a la presencia de toda la historia de las artes en la sucesión de mis obras desde la época de la vanguardia hasta ayer mismo. Superadas las tentativas del muchacho que aspiraba a introducirse en el campo de las letras con escritos que reflejaban sus omnívoras, insaciables lecturas del patrimonio literario español, me incorporé resueltamente, repito, a las innovaciones vanguardistas que prevalecían en aquel entonces. Fue una fase de la historia cultural del occidente en que las diversas artes concurren y se interpretaron muy profundamente en un ambiente de feliz optimismo cuyos frutos ocupan hoy sectores muy relevantes en los gran-

des museos del mundo. Esta situación tuvo un rápido final con la irrupción de la segunda guerra mundial, que rompió la cohesión de las actividades artísticas en una atmósfera de estupificación y desconcierto en la que cada cual debió buscar su respuesta personal a aquel mundo caótico, particularmente doloroso, que liquidaba el pasado.

Pienso que esa guerra no sólo marca la apertura de un nuevo período histórico sino que destruye definitivamente la continuidad con el pasado. El escritor se encontraba en el trance de una renovación que dependía sólo de sus propios esfuerzos sin otro apoyo que el de su memoria, pero usada de un modo distinto al tradicional. Para poner un ejemplo en mi caso personal, diría que los relatos que componen el volumen titulado *Los usurpadores*, publicado en Buenos Aires el año 1948, tienen todos ellos un tema del pasado nacional, pero responden en su ejecución y perspectivas artísticas a las técnicas de la vanguardia, formando un contraste profundo, aunque sutil, con aquellos textos en que los mismos episodios habían sido tratados anteriormente en épocas diversas. Interesa notar que dentro de ese libro se encuentra un relato único que no se apoya en ningún texto pretérito sino en una tradición oral de mi propia casa y familia granadinas. Se trata de la primera pieza del volumen, titulada *San Juan de Dios*, que arranca precisamente de algo tan concreto como un lienzo antiguo colgado en una de las paredes de mi casa, lienzo que había contemplado yo desde que abrí los ojos al mundo y que representaba la hora de la muerte del santo, arrodillado junto a un catre. A partir de ahí continúa mi escrito con episodios de intenso valor plástico totalmente inventados por mí, en los que se introduce también el elemento musulmán que para aquel entonces era todavía un factor vivo en mi ciudad natal. Como en esta historia, las que contiene el volumen siguiente, *La cabeza del cordero*, publicado en el mismo año, son total invención del escritor, aunque referidas ahora a sucesos reales relacionados con el enfrentamiento bélico que había tenido lugar en España con la guerra civil.

Este último libro está inspirado en las experiencias recientes del autor y no, como el anterior, en evocaciones de un pretérito remoto ligado tan sólo secretamente en lo íntimo con la historia recién vivida y padecida por él. De ahí en adelante mis invenciones literarias implican al autor directamente en los acontecimientos de su experiencia real, dando término a la relacionada con los antecedentes, experiencias y consecuencias de la guerra civil española. Después de un par de novelas (*Muertes de perro* y *El fondo del vaso*), concebidas con un propósito innovador en la tradición de este género, que abandonarí sin embargo en seguida para entregarme a la expresión poético-narrativa libre de sujeción a modelos formales, surgieron numerosos y muy diversos escritos en los que el autor se enfrenta con la materia de su experiencia viva sin atenerse a ninguna tradición y sin apenas disimular la vinculación de la obra producida con la realidad vivida por él, sea inmediata y más o menos próxima a la hora de su redacción, sea tan remota como los recuerdos de su infancia y primera juventud.

De este último y definitivo periodo de mi larguísima actividad literaria creo que el mejor ejemplo, y el que más conviene a la ocasión actual, es sin duda *El jardín de las delicias*, cuyo título está tomado del famoso tríptico del Bosco, tantas veces contemplado, estudiado y admirado por mí en el Museo del Prado desde que de adolescente hube de trasladarme con mi familia a Madrid. En ese libro *sui generis*, nutrido con mis adquisiciones técnicas y estéticas de la época vanguardista, no sólo la pintura del Bosco es objeto de tratamiento literario, sino también otras famosas obras de la historia del arte o relacionadas con ella están siendo objeto de una elaboración poética que permanece muy cerca de la experiencia real y concreta del escritor. Aquí el creador literario, prescindiendo hasta cierto punto de las diversas prescripciones del oficio, escribe con libertad suma, permitiéndose romper las convenciones formales para incluirse como ser humano concreto de su tiempo en lo percibido y efectivamente vivido por él.

Para aclarar algo lo que quiero decir con ésto bastará recordar por ejemplo que una de las piezas incluidas en la segunda parte de *El jardín de las delicias*, la titulada *Nuestro jardín*, tiene por tema la descripción de un cuadro al óleo pintado por mi madre antes de mi nacimiento, cuadro al que actualmente estoy echando miradas mientras escribo estas líneas y que después de mi muerte deberá integrarse en el patrimonio de la fundación que lleva mi nombre. Quitando todo lo personal y autobiográfico que se encuentra en ese escrito mío, creo evidente que contiene también implícito mi concepto del arte y de la función que éste desempeña en la relación de un hombre real con la esfera de la percepción estética. Son reflexiones éstas que me obligan a volver ahora sobre mi pasado granadino remoto, y también sobre un pasado no tan remoto sino reanudado y prolongado hasta hoy mismo, en el cual figura también de un modo muy destacado mi contacto con la obra y la personalidad ilustre de Miguel Rodríguez-Acosta, a quien debo atenciones, honores y beneficios a los que, con gran pesar de mi parte, circunstancias diversas me han impedido corresponder como hubiera debido y querido hacerlo. A una invitación de su parte se debió mi primer contacto público, después de años de destierro, con mi ciudad natal, y guardo en mi casa madrileña tres hermosos grabados suyos de tema granadino.

No quiero extender más este discurso, cuyo conmovido sentimiento apenas soy capaz de ocultar, y me limito a ofrecer un abrazo de cordialidad profunda a quienes han querido traer a mis años proyectos la alegría de tal reconocimiento.





CONTESTACIÓN  
DEL  
ILMO. SR. D. JUAN DE DIOS VIDA ARREDONDO



Señor Presidente,  
Señores Académicos,  
Señoras y Señores.

**C**ON LA ENTREGA de la Medalla de Honor de la Real Academia de Bellas Artes de Granada a Don Francisco Ayala, no sólo estamos reconociendo y honrando su personalidad literaria e intelectual, su ejemplar compromiso con el arte y con la sociedad de su tiempo, su insobornable rectitud crítica y su rigor teórico. También nos honramos nosotros al hacerlo un poco más nuestro, un poco más espejo poliédrico en el que quisiéramos vernos por siempre reflejados.

Espejo poliédrico, porque múltiple y compleja es la actividad creativa de Don Francisco Ayala: novelista, ensayista literario, jurista, sociólogo, articulista; intelectual universal, como él quiso definirse, o intelectual de conciencia, como acertadamente lo hizo el profesor José Carlos Mainer. Ayala es de esos artistas excepcionales que saben establecer un claro distanciamiento sobre sí mismo y sobre su propio oficio, lo que les permite alternar la intuición con la razón; el sentido común con la categorización intelectual, la ironía con el sarcasmo, y el escepticismo con una espectacular predisposición a ser radicalmente contemporáneo.

Desde que en 1921 se traslada a Madrid junto con su familia, Ayala ha vivido, sucesivamente, en Alemania, Checoslovaquia, Francia, Cuba, Chile, Argentina, Brasil, Puerto Rico y Estados Unidos; para, por fin, regresar a España en 1960. Y a pesar de los años y de las distancias ha conservado en el arca de las palabras, como en un viejo documento sonoro, un cierto acento reconocible y familiar en su conversación, en la que se mezclan los ecos de las voces de otras tierras con una entonación castizamente local.

Hace unos años tuve la suerte de recibir, de parte de la Biblioteca Nacional, el encargo de retratar a Don Francisco. He de confesar que lo que más me inquietó en un principio, no fueron los pormenores técnicos del retrato, sino la personalidad severa y distante del retratado; así como su poca afición a posar para pintores y fotógrafos. Con estos temores, me presenté en su casa de la madrileña calle del Marqués de Cubas, en donde me encontré con un Francisco Ayala amable, lúcido y dinámico, que de inmediato consiguió disipar todos mis recelos, propiciándose después un sincero clima de confianza y respeto. Nos sirvieron un café, mientras que yo tomaba algunas fotografías de aquel hombre que paulatinamente se me iba haciendo familiar. Sus gestos, su voz, su aire, encajaban en mi memoria con la memoria que conservo de mi padre, al que se le iba pareciendo cada vez más. Y es que el tiempo iguala a las personas, -los dos nacieron el mismo año y en el mismo barrio-, como si el paso de las modas y las costumbres cristalizara en una determinada fisonomía generacional. Así se lo manifesté a Don Francisco y entonces fue cuando él empezó a relatar la historia de aquellos niños de principios del siglo veinte, hilvanándose nuestra conversación con ese hilo secreto que había tejido el destino.

La mañana transcurrió cordialmente en las estancias claras y severas de aquel piso. Destacaba por encima de libros, teléfonos y fotos enmarcadas, solitario en una pared, el cuadro del jardín familiar que su madre, Doña Luz

García Duarte, pintó antes de que Don Francisco naciera. Entañable “jardín de las delicias”, territorio vedado de un tiempo perdido, el de su infancia y primera juventud, vivido en aquella Granada de los primeros años del vertiginoso siglo XX.

Se ha dicho que Ayala es un hombre esencialmente contemporáneo. En un principio, nos cuenta Don Francisco, se sintió atraído por la pintura y la poesía, actividades que califica como distintivas de aquellos jóvenes artistas del primer cuarto del siglo XX, comprometidos con el empeño vanguardista de la relectura del pasado, -no de su cancelación-, que pretendían, en actitud extremadamente responsable, la consolidación en España del pensamiento burgués moderno capaz de actualizar el país. Como apuntó Luis García Montero, estaban obligados a hacer un ejercicio de equilibrio entre las rupturas vanguardistas y las reconstrucciones del pasado nacional. Esta voluntad regeneracionista es la causante de que buena parte de los artistas de la Generación del 27, buscasen como principio la equidistancia entre pasado y modernidad, entre tradición y vanguardia.

Desde muy pronto, el joven Ayala se sintió atraído por el incipiente arte cinematográfico, quedando de inmediato hechizado por la fuerza expresiva del nuevo lenguaje, por el alcance de su función social y por el brillo de sus primeras estrellas. En *Indagación del cinema*, primer ensayo que sobre el nuevo arte se escribe en España, Ayala señala los motivos por los que el cine se convirtió rápidamente en bandera de la Generación del 27: “Para mí, nos dice Ayala, como para toda mi generación, el cine constituyó una experiencia fundamental. Había nacido, puede decirse, con nosotros, y forma parte de nuestra vida”. Más adelante escribió: “Yo he pensado el cine, mi coetáneo, con amor, con encanto, y hasta con cierto desenfreno. El cine -no el circo- es el espectáculo que primero me sobrecogió de maravilla”. En *Recuerdos y olvidos*, nos habla Ayala de la fascinación experimentada la primera vez que asistió a una proyección: “La primera vez que vi una película, siendo todavía muy niño, el

espectáculo se me quedó grabado indeleblemente en la memoria. Muchas veces antes de aquel día había pasado por la puerta del cine, en la Gran Vía de Colón, y muchas veces me habían prometido llevarme a verlo. Un timbre sonaba de continuo en la puerta como reclamo para atraer a la gente. Me habían explicado en que consistía el cine; si me portaba bien, algún día... Ese día llegó. Me recuerdo a mí mismo sentado al lado de mi madre. Muy pequeño debía de ser yo pues no entendía nada del argumento. La película, -ésto no se me olvida-, se llamaba *La bestia humana*, y es de suponer que fuera una adaptación de la novela de Zola. Mucho me impresionó una mujer, en gran plano, -probablemente la Bertini, Francesca Bertini, que era la estrella entonces célebre-, parada junto a una puerta o cortina, y tan agitada que podía verse el movimiento de su angustiado pecho. Yo le pregunté a mi madre: Mamá, ¿es esa la bestia humana?, y ella replicó: Cállate, tonto. Tampoco a la salida conseguí que me explicaran nada del asunto”.

La fascinación que Ayala sintió por el cine, tuvo también su manifestación lírica en un poema escrito bajo la fórmula clásica de la lira, -otra vez tradición y modernidad juntas-, dedicado a Greta Garbo, a la que definía como Circe nórdica, y que se publicó en 1929, en la primera edición de *Indagación del cinema*.

Después de la segunda guerra mundial, nos ha dicho Ayala, el mundo ya no sería el mismo. Se consumó la cesura con el pasado y la desconexión entre las artes, volviéndose las miradas hacia el refugio solitario de la respuesta individual. El artista en soledad con su memoria como materia experimental. En esta línea están los recuerdos frente a un antiguo cuadro familiar, en el que se representaba la agonía de San Juan de Dios, en *Los usurpadores*; las huellas del tiempo en un *Chalet Art Nouveau* de Salamanca; el torbellino turístico bajo el rugir silencioso de las “mudas trompetas de los terribles querubines”, en *La Sixtina*; el *Regreso a la Venecia de Proust* a bordo de unas tarjetas postales de otro tiempo; La

“inocencia patética” en el rostro de *Un Angel de Bernini*; y muy especialmente la emoción ante el cuadro de aquel “paraíso cerrado” que nunca llegó a pisar, en *Nuestro jardín*. Ejemplos notorios de esta introspección memoriosa sobre el tiempo y sobre el hecho artístico, a la que se refiere Ayala. Relatos cortos rebosantes de belleza plástica, precisos como una disección quirúrgica, que dejan en el lector una sensación a medias entre la desolación y el sarcasmo. Sensación que, en palabras del propio Ayala, “podrá ser amarga a veces, pero que en definitiva suele ser bastante divertida”.

En uno de sus relatos más recientes, el titulado *Un caballero granadino*, Ayala nos cuenta un cuento sobre un cuento. Interviene como un cirujano sobre un texto ajeno. Nada menos que sobre el Quijote. Se trata del episodio que narra el encuentro entre el caballero estrafalario y Don Álvaro Tarfe, -el cual tampoco es real, ni es invención de Cervantes, sino de Avellaneda-, en el momento en que el granadino se dispone a regresar de Zaragoza, a donde le llevó el falso autor en un falso episodio para encontrarse con un falso Quijote.

Una vez concluido el tangencial encuentro, los dos caballeros se despiden, siguiendo cada uno su camino. Don Quijote, ya se sabe, en busca de nuevas aventuras, Don Álvaro de regreso a Granada. En este punto se pregunta Ayala por la suerte del gentil personaje: (...) “No podemos apartarlo de la mente; lo imaginamos entrando por la Puerta de Elvira, dirigiéndose hacia su casa, golpeando el portón con la dorada aldaba (¿cómo será la casa de Don Álvaro Tarfe? Sin duda una casa espaciosa con un gran patio central, con una fuente, con estancias amplias y ricamente alhajadas). Lo imaginamos ya rodeado de su familia (¿cómo será la familia de Don Álvaro?, ¿tendrá una esposa, que lo aguarda con impaciente paciencia?, ¿tendrá hijos? ¿cual será el nombre, la edad de estos hijos?). Lo imaginamos, días después, reunido con sus amigos, entre quienes con toda seguridad figuran varios de los poetas y pintores cuyo nombre ilustre ha llegado hasta nosotros, el famoso poeta Carrillo de

Sotomayor, quizá los pintores Pedro de Raxis y el viejo Juan de Aragón, tal vez entre ellos el retraído castellano fray Juan Sánchez Cotán, quizá también Don Agustín Collado del Hierro, médico y poeta”.

De este modo nos hubiera gustado ver regresar, una vez más, a Don Francisco: “entrando por la Puerta de Elvira, dirigiéndose hacia su casa, golpeando el portón”... Pero mientras tanto aprovecharemos su presencia telemática y virtual entre nosotros para reiterarle, desde la distancia, nuestra cumplida admiración y el más sincero agradecimiento por haber aceptado nuestra medalla de honor.







Depósito Legal: GR/1.015-2002  
Impreso en Gráficas Granada